

860-2(866) Moreno

M 843

EL JARDIN QUE FLORECIO

A LA TARDE

DRAMA EN III ACTOS

Por

BIBLIOTECA NACIONAL	
Vicente Moreno—Mora	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
Nº <u>4473</u>	AÑO <u>1991</u>
PRECIO	DONACION

0002941 Enero—1930

2009

430 A don Nicolás Jiménez

Envío de

Vicente Moreno-Mora

Guinea mayo 20-1930.

EL JARDIN QUE FLORECIO A LA TARDE

BIBLIOTECA

DE LA CASA DE LA CULTURA — Quito

REF. N° 1.675 ▲

FECHA DE CONSTATAION Diciembre 1.950.....

VALOR S/ 10,00

CLASIFICACION

De este libro se han
editado 100 ejemplrs.

PERSONAJES

Dn. Jaime, esposo de Dña. María.

Dña. María.

Rosalba, hija de Dña. María.

Estela, hermana de madre de Rosalba.

Enrique, hermano de Estela.

Pedro.

Jorge.

Claudio.

Nieves, criada.

Rosalba:

Para tí este libro en el cual, como en copa transparente, he exprimido el zumo de esos días que tú viviste en un ayer ya ido....y de esos otros que trenzaste, suavemente, con los míos....

Alguna tarde, a la hora mística del crepúsculo, cuando el tañer monacal de campanas y el volar fatigoso de golondrinas tornen más muelles los almohadones de silencio de tu poemático retiro, escáncialo, gota a gota. hasta que tu alma, ebria ya, en auge de sadismo, ría y lllore, lllore y ría, al ver como es ella misma, iridiscente, paradéjica y sugestiva, la que revive y palpita en el recuerdo. Y escáncialo sola. Que ningún otro sepa que tú, penserosa y triste, eres la que animas las frases incoherentes de este libro. ¿Verdóname sí, en un momento de sinceridad y belleza, desgarré muchos velos y agoté de mi paleta los colores de vida....

El Autor.

ACTO PRIMERO

Gabinete amplio, medianamente lujoso. Una puerta al fondo, otra a la izquierda, en comunicación con una estancia. En el fondo muebles esparcidos con parsimonia. En las paredes lienzos y retratos de familia. La escena se desarrolla bajo una tarde sombría de agosto, en casa de Dn. Jaime, que queda en los afueros de la ciudad.

ESCENA PRIMERA

MARÍA ROSALBA Y ENRIQUE.

MARÍA

Entra alegre y coquetona al gabinete en donde se hallan sus hijos. Rosalba se atedia sentada en una mecedora. Enrique dibuja. —Qué hacen aquí, hijos míos....? Y tu, Enrique, progresas en el dibujo? o es tiempo perdido el del Colegio?—Se acerca a mirar los dibujos.

ENRIQUE

Le enseña unas páginas.
—Mira, mamá, si no soy hábil.

MARÍA

—Bien, hijo, bien; sigue adelante (*Se vuelve donde su hija*). Y tú, Rosalba, por qué tanta tristeza? Qué te sucede? ¿Qué tienes?

ROSALBA

Sonríe dolorosamente. La mira.

—¡Qué, mamá!

ENRIQUE

—Sabes, mamá, porqué está triste? porque hoy no le ha visto a Pedro.

MARÍA

—¿Verdad, Rosalba?

ROSALBA

—No quisiera hablar de esas cosas....¡Si supieras! ¡Tengo una tristeza....! Quisiera llorar a so-

las, sin que nadie me consuele, porque a nadie tengo en mi vida ...

MARÍA

—Pero, hija, me tienes a mí; cuéntame tus penas.

ROSALBA

—¡Qué buena eres, mamá! Pero hay penas que son como las espinas; no se las puede tocar porque punzan. ¡Ten cuidado....! Y luego tú eres feliz; no pienses ya más en mí....

MARÍA

—Qué dices, hija....? Me pareces una loca.

ROSALBA

Sollozando.

—Si ¡Loca! ¡loca! A todos los que sufrimos nos llaman de locos.... Qué me importa. ¡Que me importan los demás!

MARÍA

—¡Pobre Rosalba! Eres la hija de tu padre; no tienes tú la culpa.... En ti vive él...

Callan un momento. Ro-



salba solloza. María se levanta a mirar como Enrique sigue concretado a sus travesuras. Enrique sonreído levanta la cabeza para ver a su madre que lo contempla en pie.

ENRIQUE

—La otra semana voy a ensayar tu retrato, mamá.

MARÍA

—¡Qué vas a poderlo!

ENRIQUE

—Ya lo verás.

MARÍA

—Ya lo veremos.

Le acaricia la cabeza. Luego se va canturreando. Compone las flores de los maceteros. Se mira al espejo. Sonríe.

ENRIQUE

—Estas qué alegre mamá.

MARÍA

—La vida no se hizo para llorar, hijo mío.

ENRIQUE

Viendo el reloj.

—Las tres ¡Jesús! Me voy al Colegio.

Coge sus cuadernos. Vase.

MARÍA

—Vete con Dios....Y tú, Rosalba, sollozas aún?

ROSALBA

—Mamá, un día como este me has dicho que se murió mi padre, verdad?

MARÍA

—Verdad, Rosalba.

Sorprendida, triste mira el retrato del muerto que pendía de la pared.

ROSALBA

—Mamá, te ruego, cuéntame algo de papá. Nunca me has dicho nada de él.

MARÍA

—¡Ay, hija! Como tú dices, hay ciertas penas que punzan....

ROSALBA

—Ya comprendo.... A tí no te agrada recordarlo. Pienso que no lo querías. ¡Pobre mi papá!

MARÍA

—No es lo que tú dices.... ¡Quisiera hablarte....!

ROSALBA

—Pero habla, mamá.

Ambas, tristes, quedan un instante en silencio. Hasta el gabinete se llega el susurrar lento, trágico de las frondas amarilladas de otoño. Rosalba mira el paisaje a través de los vitrales. Suspira.

—Verdad que no lo querías....? (Pausa) Entonces por que te casaste con él?

MARÍA

—¡Si le hubieras conocido! Nadie resistía a las miradas de sus ojos negros tristes y cautivadores como los tuyos....

ROSALBA

—Confiesas, entonces, que no lo querías?

MARÍA

—Qué curiosa eres, hija! ¡qué ganas de revolver cosas pasadas!

ROSALBA

—No; cuéntame: era bueno? te quería?

MARÍA

—Al comienzo me adoraba. Vivía sólo para los dos.

ROSALBA

—Me quería mucho?

MARÍA

—¡Muchísimo! Recuerdo aún como te acunaba en sus brazos.

ROSALBA

—¡Pobre mi papá! Pero todo esto dices que fué al comienzo....y después? me seguía queriendo?

MARÍA

—A tí siempre. La última caricia fué para tí. La última mirada se durmió en tus ojos.

ROSALBA

—Y a tí, te dejó de querer?

MARÍA

—Casi por completo. El amor se agostó con el matrimonio. Una mañana amaneció muerto, helado y lo enterramos ¡quién creyera! sin una lágrima....

ROSALBA

—Me estremecen tus palabras.... Pero, cómo se dejaron de querer? quién tuvo la culpa....?

MARÍA

—La culpa yo diría que ninguno.... o tal vez ambos.... Si, porque, de no casarnos, nos hubiéramos amado largo tiempo; pero tuvimos la equivocación de atarnos con el matrimonio.... y, luego, ya no nos preocupamos del amor: comenzamos a distanciarnos, a sentirnos extraños, y ni él ni yo nada hacíamos por acercarnos con nuevos cariños: ambos sabíamos que todo era inútil, que estábamos presos en los grillos del matrimonio. Después viniste tú y eras su única preocupación. Sólo para tí eran sus besos, sus halagos....

ROSALBA

—¡Qué bueno ha sido papá conmigo! Si él hubie-

ra vivido tendría caricias en mi cabeza huérfana....
y sonreiría....y cantara en esta casa que le hu-
biera llamado mía....y tendría flores y pájaros....
¡Ah, si él hubiera vivido, Dios mío!

Rosalba solloza, los ojos
en el retrato. Hay un momento de silencio.

MARÍA

—Parece que lo miro.

ROSALBA

—Y desde cuándo comenzaron a no quererse?

MARÍA:

• —Quisiera no hablar de esta historia. Aún me an-
gustia. Maldigo el matrimonio. Los primeros días
fueron diáfanos, azules; pero luego la intimidad, la
vulgaridad de la vida nos trajo el desamor....
Ambos comprendíamos como se iba muriendo to-
do afecto; pero callábamos, con un silencio en-
fermo, pesado, como junto al lecho de un agoni-
zante...

ROSALBA

—Y nunca te reprochó el olvido?

MARÍA

—Nunca. Yo tampoco lo reprochaba: era lo fatal. Sólo a veces mis ojos se encontraban con sus ojos negros, tristes y cautivadores, y en una mirada, humildemente dolorosa, profunda de angustia, nos implorábamos amor; pero, comprendíamos que todo era tarde, imposible acaso, y yo cerraba los ojos y él los volvía hacia los tuyos.

ROSALBA

—¡Pobre papá! pero ha sido bueno....

MARÍA

—Sí. Al comienzo. Después cierta enfermedad lo cambió por completo: no soportaba el ruido ni la luz; huía de la gente: vivía sólo contigo: tú eras su luz, su aire, ¡todo! ¡todo!

ROSALBA

—Comprendo....Fuí la que te robé el amor de mi padre ...la que tronché tu felicidad....Debías matarme....Estuve en tus manos....Y luego hoy sería feliz....

MARÍA

—¡Tontuela! me comprendes mal; tú fuiste, más bien,

el lazo que nos unía. Sin tí mayor hubiera sido mi desgracia, mayor la suya: tú me alegrabas, tú le disipabas sus ideas lúgubres....

ROSALBA

—Cuáles fueron esas?

MARÍA

—El suicidio.

ROSALBA

Nerviosa.

—El suicidio....?

MARÍA

—Como me oyes....

ROSALBA

—No, madre; no digas aquel'o, me asustas.... Mi padre, yo lo sé, jamás abrigó esas ideas...

MARÍA

—Lo vas a ver.

Sale por la puerta del fondo.

ROSALBA

Se pone en pie. Mira el paisaje por los vitrales. Se pasea. Habla en voz baja y a solas.

—¡El suicidio! En esto también soy su heredera.... Yo no tengo la culpa.... Hay que seguir sus huellas.... ¡El suicidio! Será en un mañana lejano, pero tiene que serlo....

Frente al retrato de su padre se detiene un instante, lo mira en silencio, triste; lo habla.

—Pobre, papá!.... Soy tu hija.... Tengo tus mismos ojos, tu misma tristeza y me persiguen tus mismas ideas....

MARÍA

Regresa. Se sienta en el sofá.

—Ven acá, Rosalba; siéntate.

Una vez juntas, la madre abre un cofre lleno de cartas y las revisa....

—Ahora vas a ver que no trato de manchar la memoria de tu padre.

ROSALBA

—Te creo; pero me asustan tus memorias. ¡Pobre papá!

MARÍA

—Aquí está. Es una carta que le dirige a un amigo.

María pone el cofre a un lado y abre la carta. Rosalba la mira curiosa. Juntas la leen.

MARÍA

—Fíjate en esta frase: Ya no puedo más: un día u otro acabaré con mi vida.—Oyes, Rosalba?

Siguen leyendo. Suspiran.

—Aquí hay otra:—Es un tormento sin nombre ver como día a día se va escapando la vida entre el terror de todos, que me huyen como de un cadáver. Se necesitaría ser un héroe para sufrir esta angustia: lo mejor, lo único es hacer lo que te he dicho: suicidarme.

Madre e hija siguen leyendo tristes, deteniéndose a ratos para descifrar palabras opacas, borradas algunas.

—Por esto vas a ver cuanto te amaba:—Lo único que me detiene es Rosalba! ¡mi Rosalba! ¡mi único cariño!... Comprendo la falta que le haré en su vida, en donde tiene que caer porque es mi hija... y porque, adivino ya en sus ojos tristes, tiene mi mismo espíritu llagado y descontento....

Recorren tristes hasta la última línea. Rosalba coge la carta. La relee.

—Ya ves, Rosalba; no te he mentado.

ROSALBA

Repite algunas frases de la carta:

—Tiene que caer porque es mi hija....

MARÍA

—No, Rosalba; yo seré tu ayuda.

ROSALBA

—Soy la hija de mi padre....Lo siento....Luego las huérfanas ya no tenemos a nadie....

ESCENA II

DICHOS Y DN. JAIME

JAIME

Entra en silencio. La mira haseo, sombrío a Rosalba. Se pasea.

—Tengo que hablarte a solas, María.



MARÍA

—Sobre qué asunto?

JAIME

—Ya lo sabrás.... Además, te alistás para irnos al teatro esta noche?

MARÍA

—Y Rosalba?

JAIME

—Ella quedará en casa.

MARÍA

Con aire de reproche.

—Sí. Como siempre....

JAIME

—Y qué tiene Rosalba que solloza?

MARÍA

—Hemos hecho recuerdos de su padre por ser hoy el aniversario de su muerte.

JAIME

—Y tú por qué no sollozas....?

Irónicamente.

—¿No eres también sensible.

ROSALBA

—Me perdonan.

Váse por la puerta del fondo.

MARÍA

—Eres muy cruel. No respetas su dolor.

JAIME

—Pero es mejor que se haya ido. Necesito hablaste a solas sobre un asunto de ella misma.

MARÍA

—Comprendo. Algún....

JAIME

No te adelantes. Escúchamelo. Le conoces a Pedro?

MARÍA

—El aficionado de Rosalba?

JAIME

—El mismo. Y qué tal te parece para....?

MARÍA

—No soy yo la llamada a decidir este asunto, sino ella.

JAIME

—A ella le debe haber parecido bueno cuando le ha correspondido.

MARÍA

—Llamémosla a que lo diga.

JAIME

—No es necesario. Ya llegará el momento de hacerla venir. Ahora nos toca deliberar a solas. Hoy día, mientras Uds. estaban aquí, ha venido Pedro a mi cuarto a hablarme de sus deseos de formalizar su matrimonio con Rosalba. Yo no lo encuentro un mal partido. Entiendo que ni a ella lo disgusta.

MARÍA

—Yo no la apoyaré un instante.

JAIME

—Me importa poco. Se casará. Es necesario.

MARÍA

—Pero por qué? Es aún muy niña.

JAIME

—Precisamente porque es muy niña y huérfana necesita casarse....

MARÍA

—No advierto tus razones.

JAIME

—Quieres que te las diga....?

MARÍA

—Dímelas.

JAIME

—Escucha. Las vas a descubrir en lo que diga....

Varias veces le han visto en citas nocturnas aquí en el jardín de la casa y otras en el campo. Ignoro con quien....Tú no te das cuenta de todo esto porque te falta tiempo para vivir frente al espejo o donde amigas....y así te lo hubieras dado no sois capaz de aconsejar bien a nadie....de tal manera que esta pobre muchacha, sino ha caído ya, es posible que caiga....y yo no estoy para soportar que nadie manche mi hogar.

MARÍA

Nerviosa.

—Pero, estás loco? qué has dicho....?

JAIME

—Lo que has oído....

MARÍA

—¡Calumnias y calumnias!

JAIME

—No me lo crees....?

MARÍA

—¡Nada! ¡nada! Mi hija es un ángel.

JAIME

Toca el timbre.

—Les haré venir a Enrique, a Nieves y luego a ella misma a que declaren lo sucedido.

MARÍA

Sollozando.

—Pero ¡Jesús! ¡que es lo que he oído! ¡Pobre Rosalba!

JAIME

—Tiene que casarse irremediablemente.

MARÍA

—¡Nó! ¡nó! Yo no lo permito.... Es tan niña... Y cómo va a casarse tan mal una hija mía!....

JAIME

Iracundo.

—Pues si no se casa, tú y ella se irán fuera de aquí.... ¡Queda dicho! Yo no mantengo a intrusas que me deshonren....

ESCENA III

DICHOS, ENRIQUE Y NIEVES

NIEVES

—Al mandar de Uds.

JAIME

—Vete a verle a Enrique y regresa con él.

NIEVES

—Está aquí a la puerta, señorito.

JAIME

—Dile que pase.

ENRIQUE

—Me llamaban?

JAIME

—Sí, hijo.... Me van a decir la verdad a todo lo que les pregunte.... De lo contrario.... ya me conocen.

Se pasea nervioso. Todos callan sorprendidos.

NIEVES

—Está bien, señorito.

ENRIQUE

—Y cuando me has conocido mentiroso a qué me hagas estas advertencias....?

JAIME

Parándose frente a Enrique.
—A dónde fue Rosalba contigo cuando yo y María fuimos al teatro la noche del lunes?

ENRIQUE

—Nos fuimos a dar una vuelta por la orilla del río.

JAIME

—Y con quién se encontraron....? y qué es lo que hicieron....? Cuéntame todo y no esperes una pregunta para cada cosa.

ENRIQUE

—Está bien, papá. Siempre que tú y mamá salen de

casa, Rosalba me ruega que le acompañe a pasear por el campo, en donde se encuentra con Pedro o con otro que no sé como se llame....

JAIME

Mirándole a María.

—Oyes ...? Todavía crees que son calumnias....?

MARÍA

—Calla....Eres cruel.

JAIME

—Y dime, Enrique, qué es lo que hacía con Pedro o con ese hombre desconocido....?

ENRIQUE

—Yo no sé lo que hacían. A mí me mandaban a jugar....De lejos los veía muy juntos....

JAIME

—¡Muy juntos! Oyes, María, quién es tu hija?

MARÍA

Sollozando.

—Me martirizas tanto....¡Acaba....!

JAIME

—Ahora tú, Nieves: qué es lo que hacía Rosalba en el jardín, acompañada de Pedro o de ese hombre desconocido, las noches que María y yo no estábamos en casa....?

NIEVES

Cabisbaja, trémula.

—Yo no sé, señorito.

JAIME

—Cómo no sé! ¡Declaras o te vas de esta casa!

NIEVES

—Pero, señorito....mire....yo no sé nada....

JAIME

—Te repito: o declaras o te pongo en el portón.

NIEVES

—Yo no he visto nada malo, señorito.

JAIME

—Pero, qué has visto?

NIEVES

—La otra noche, hace un mes, cuando Uds. vinieron de madrugada, la señorita Rosalba se llegó a mi cuarto, me dijo que iba a recibir la visita de un amigo y me rogó que de esto no les contara nada a Uds. . . . A poco se oyó un silbo y ella, con una llave falsa, se dirigió a abrirle el portón a un joven con quien se dirigió al jardín.

JAIME

—Dime, lo conociste? no era Pedro?

NIEVES

—No, señorito; era un joven muy simpático y elegante.

JAIME

—Bueno; sigue. Y qué hicieron en el jardín?

NIEVES

—¡Vaya! Acaso sólo Dios sabe lo que hicieron! . . .



JAIME

—Pero, tú qué viste....?

NIEVES

—Yo, señorito, les ví que se escondieron entre los rosales bajo un olivo....y nada más.... Al principio reían....luego hubo un largo silencio.... Cuando sonaba la media noche salía el joven.... Como la señorita Rosalba se demoraba mucho sin venir del jardín, fuí a verla.... Estaba tendida en el cesped, pálida, como despertándose.... Junto a ella se olía ese remedio que me dieron el otro día.... —Qué tiene, señorita Rosalba?—le pregunté.... A lo que me dijo que no me importaba nada y que si algo les cuento de lo que había visto, se tomaría veneno o se arrojaría a las aguas del molino.... Luego se fue a la alcoba.

JAIME

—Y le has visto venir otra vez a este joven.

NIEVES

—Como no, señorito; siempre que Uds. van a la calle por la noche....

JAIME

—Y siempre le recibe en el jardín?

NIEVES

—No; hay veces que le recibe en la alcoba....

MARÍA

—¡Basta! ¡basta! Son demasiado crueles.

JAIME

—Sí. Basta.... Dudas todavía de mis palabras?

MARÍA

—Sí. Dudo.

JAIME

—Pues que venga ella misma a que te cuente sus historias.... Enrique, ve a llamarla.

MARÍA

Iracunda.

—No, Enrique; la hablaré a solas.

JAIME

—Soy yo el que mando; vete, Enrique.

Enrique sale tímido.

—Y ya sabes, María, le dices que soy yo el que le ordeno que la semana próxima se case con Pedro, si no quiere quedarse a vestir santos. Y basta de lloros mujer.

MARÍA

—¡Es que es mi hija! Tú no comprendes el corazón de una madre. . . .

JAIME

—Lo comprendo, por eso te tengo pena a tí que no supiste educarla; y le tengo compasión a ella que no ha hecho sino ser la hija de su padre. . .

Silencian. Se oyen pasos. Entran Enrique y Rosalba. Esta tiene una mirada altanera para con su padrastro.

MARÍA

Señalándole un asiento.

—Ven acá, Rosalba.

Rosalba se sienta en una silla que queda frente a la de Jaime.

JAIME

—Tenemos que hablarte de ciertas cosas delicadas

que hubiera querido no ser yo el que te las diga. . . .
Por lo demás, para ellas tienes nuestra compasión y
cariño que lo han arbitrado un remedio. Ten serenidad y escúchalas.

ROSALBA

Nerviosa, pálida.

—Yo no quisiera oír en sus labios ciertas palabras. A
qué esto de compasión y cariño? Sepa que no los necesito de Ud. ni necesito que se preocupe de mi persona.

JAIME

—Qué es lo que te pasa, Rosalba?

MARÍA

—Rosalba, ya no comprendo tus palabras.

ROSALBA

Se pasea nerviosa.

—¡No comprendo! Soy yo la que no comprendo como Ud. ha dejado insultar a su hija y a mi padre que jamás puede estar en la boca de este hombre. Lo he oído todo. . . .

JAIME

—Qué es lo que has dicho?

ROSALBA

—Lo que ha oído.

JAIME

—¡Qué sinvergüencería! ¡Qué cinismo!

ROSALBA

—El sinvergüenza y el cínico es Ud.

JAIME

Se pone en pie, iracundo.

—¡Sinvargüenza! ¡Criminal!

ROSALBA

—¡Criminal! Qué crimen? dígallo.

JAIME

—El que cometiste hace un mes. . . . en el jardín. . . .

ROSALBA

Con una sonrisa irónica.

—¡Crimen! ¡Qué ideas! ¡qué prejuicios! ¡Crimen por que lo ha hecho una mujer! Y cómo se llamarán sus adulterios que también hay alguien quien los presencia....?

JAIME

—¡Cómo! Adulterios. Qué dices?

ROSALBA

—Sí. Adulterios. Qué otra cosa se llaman sus relaciones con Nieves?

JAIME

Sorprendido.

—Con Nieves?

ROSALBA

—Sí. Yo los he visto. Y ni Ud. ni ella no me lo pueden negar. A ver me vas a dejar de mentirosa, Nieves?

NIEVES

—Verdad, señorita; pero qué quiere que haga?

ROSALBA

Dirigiéndose a Jaime.

—Lo ha oído? Todavía me llamará de criminal? ¡Criminal por que soy mujer, porque soy huérfana, porque como en su mesa! Lo que yo he hecho es crimen; lo que Ud. hace es una hazaña. ¡Qué distinciones tan tontas! Me río de ellas.

JAIME

—Basta. María, dile mi resolución.

ROSALBA

—Lo sé. . . . Me río también de ella.

Dn. Jaime sale rabioso y avergonzado. Pausa. Nieves y Enrique también salen.

MARÍA

—Todo ha terminado. Ahora hablemos para buscar un remedio a tu falta.

ROSALBA

—Tú también con estas ideas? Veamos si he hecho mal. No quiero vindicarme, sino explicártelo. Crees que él amor es una falta? Tú hubieras querido que no ame, que mientras tú y mi padrastro se andaban en diversiones, yo esté rezando o llorando? ¡Imposible! Yo también, como Uds. como todos, tengo *derecho a vivir, a gozar*, y lo he gozado a mi manera. Si a esto lo llaman crimen yo no tengo la culpa....

MARÍA

—Qué filosofía!

ROSALBA

—Las mejores

MARÍA

—Y ahora, qué piensas hacer?

ROSALBA

—Ya lo verás. No te sacrificaré; no saldremos juntas, como ha dicho él: me iré yo sola.

MARÍA

—Pero, no te apresures; sabes la propuesta de Pedro? ... Puedes salir casada.

ROSALBA

—Qué bonita ridiculez! ¡Matrimonio! Bien me has dicho lo que esto significa. Además, yo no le quiero a Pedro....

MARÍA

—Entonces, cómo piensas salirte?

ROSALBA

—Ya lo verás....! Pero mañana la casa amanecerá sin la *intrusa* y habrá más pan en la mesa y más tranquilidad en este santo hogar....

NIEVES

Entra silenciosa.

—Señorita María, el señor Jaime le espera en su cuarto.

MARÍA

—Voy en seguida.

Nieves vuelve a salir.

ROSALBA

—Quieres saber el rumbo que voy a tomar? Tengo

dos puertas de escape: el suicidio y el matrimonio que da lo mismo. Ya veré cuál escojo. Ambas me son igualmente posibles. Ya lo sabes. Ahora puedes atender a las llamadas de tu marido.

Ambas se ponen en pie.

—Lo que es conmigo ¡adiós!

Se abrazan. Sollozan.

—Se va la intrusa, la criminal, que no tuvo más crimen que amar, ser huérfana y mujer. Adiós.

MARÍA.

—¡Rosalba! ¡Rosalba! no tienes más crimen que ser mi hija. . . . Sigues mis huellas. Pobre, mi Rosalba.

Sollozan.

Telón lento.

Fin

del

I

Acto.

ACTO SENGUNDO

Pequeño salón. Una puerta al extremo. Ventanas con pesados cortinajes que apenas dejan pasar la luz. Espejos. Cuadros. Estatuas. Jarrones. Tapiz y alfonbra en consorcio con el rojo de las cortinas. Moblaje lujoso. Medio día de setiembre. Nieves arregla el salón.

ESCENA I

PEDRO Y NIEVES

PEDRO

Entra despacioso, como fatigado del ocio del domingo y se queda mirando en silencio como Nieves limpia un óleo de la pared.

—¡Qué prolija estás, Nieves!

NIEVES

—Como siempre, señorito. Hay que trabajar con voluntad y esmero.



PEDRO

—Pero siempre pones mucho cuidado en limpiar ese óleo.

NIEVES

—A todos los limpio igualmente.

PEDRO

—No es cierto; en este te esmeras más. Y de quién me dijiste que lo era?

NIEVES

—No sé de quien lo sea; lo único que me ha contado la señorita es que este señor se llama Cyrano.

PEDRO

—Y le has visto en la calle alguna vez?

NIEVES

—No tengo recuerdo de ello.

PEDRO

—No creo que sí le he visto, pero no sé en dónde.

NIEVES

—Y qué le ha dicho la señorita de este óleo?

PEDRO

—Nada. Siempre rehuye a mis preguntas.

Se pasea. Vuelve a detenerse ante el óleo que limpia la sirvienta y se repite en voz baja el nombre misterioso.

—Cyrano, Cyrano....

ESCENA II

DICHOS Y MARÍA

Ninguno de los dos se ha percatado de la entrada de María. Esta se detiene en la puerta, curiosa de sorprender alguna oculta historia.... Luego entra.

MARÍA

—Pedro.

PEDRO

—Muy buenas tardes, Dña. María.

Se saludan, se sientan.

MARÍA

—En qué estabas absorto, Pedro?

PEDRO

—Viendo ese óleo extraño que no sé de quien lo sea. Quisiera sacarlo de aquí. Me obsede.

NIEVES

—No permitiría la señorita. Lo adora muchísimo.

PEDRO

—Ahora me explico tu prolijidad.

NIEVES

—Sí, tengo encargo.

PEDRO

—Conoce Ud., Dña. María de quien es ese óleo?

MARÍA

—Ignoro. Pero es qué bello. ¡Cuántas mujeres se desmayarían ante esos ojos!

PEDRO

Se para y se dirige al lugar en donde se halla el retrato.

—Voy a examinarlo.... No es Cyrano.... sino....

ESCENA III

DICHOS Y ENRIQUE

—Enrique se llega sigiloso. Le habla en voz baja a su madre. Pedro oye las últimas palabras.

ENRIQUE

—Mamá, Cyrano ha fallecido.

MARÍA

Nerviosa.

—Ha fallecido?

ENRIQUE

—Sí. Los periódicos avisan que hace tres días.

PEDRO

Volviendo a su silla.

—Quién ha muerto?

Enrique le mira a su madre, como pidiéndole consentimiento para contestarlo.

MARÍA

—Son cosas suyas.

PEDRO

—No hay como saberlas. . . .? Está bien. . . . Me perdonan.

Sale despaciosamente del salón.

ENRIQUE

—¡Pobre, Rosalba! Le adoraba tanto a Cyrano.

MARÍA

—¡Con toda el alma! Yo no sé como reciba la noticia.

ESCENA IV

DICHOS Y ROSALBA.

Rosalba entra con sombrero y vestido de paseo. Le abraza a su madre. Se sienta sombría. Mira el óleo y suspira.

MARÍA

—Lo adoras....

ROSALBA

—Ya tú lo sabes.

MARÍA

—¡Qué ojos tan bellos!

ROSALBA

—¡Pobre! La vida nos separó para siempre. ¡Cómo

duele el recordar!

Pausa. Nieves abandona el salón.

MARÍA

—Enrique, ve a observar qué es lo que hace Nieves.

Enrique sale en silencio.

ROSALBA

—¿Qué es lo que temes?

MARÍA

—Algo con Pedro.... Al entrar aquí los encontré solos....

ROSALBA

—¡Pobres! Hacen bien en buscar un amor....

MARÍA

—Pedro no debe andar en estas infidencias.

ROSALBA

—Es el que más necesita de un amor....

Enrique vuelve al salón.

MARÍA

Dirigiéndose a Enrique.

—En dónde está? qué hace?

ENRIQUE

—En el jardín, conversando y riéndose con papá . . .

María y Rosalba se miran.

PEDRO

—Estoy ya de regreso.

Se sienta en un sillón, se mece.

—¡Qué maldito domingo! No sé qué hacer. Si tú me acompañaras, Rosalba, me iría a dar una vuelta por el campo. No me soporto aquí.

ROSALBA

Indiferente.

—No puedo salir.

PEDRO

—Y de noche iremos al cine?

ROSALBA

—Tampoco.

PEDRO

—¡Qué vida!

Comienza a dormitar en la mecedora. Ellas lo miran, sonríen y callan.

ESCENA V

DICHOS Y JAIME

JAIME

Desde la puerta.

—Hasta qué horas vas a estarte aquí?

MARÍA

—Hasta la noche.

JAIME

—Está bien. Venía a hablar con Pedro, pero parece que duerme.

MARÍA

—Y venías sólo por él....?

JAIME

—Sí, tengo un negocio importante que debemos resolver hoy mismo.....

MARÍA

—Si gustas le puedo despertar.

JAIME

—No; déjalo.

MARÍA

—Y a qué horas llegaste?

JAIME

—Este momento. Por qué me preguntas?

MARÍA

—Parece que te vi en el jardín.

JAIME

—¡Qué cosas ...! Hasta luego.

Vase. Rosalba le mira sonreída a su madre.

MARÍA

—¡Qué hombres! ¡Cómo quieren esconder sus llagas....!

ROSALBA

—Me dan pena; te lo prometo....

Rosalba coge un cofre que estaba en la mesa contigua a su asiento, lo abre y saca un manojo de cartas y fotos. Entre estas hay una de Cyrano que le enseña a su madre.

MARÍA

—¡Qué bello!

PEDRO

Despertándose.

—¡Qué vida....! Qué es lo que enseñas, Rosalba?

ROSALBA

Sin hacerle caso a Pedro, abre una carta de Cyrano y le da a su madre. Ella lee otra.

PEDRO

—Y esos papeles tampoco vas a prestármelos? ¡Qué cosas! Todo es secreto.

MARÍA

—¡Qué alma tan delicada, Rosalba! Mira esta frase: Cuánto mal me hace el verte triste.... La culpa tengo yo que no sé alegrarte....

Rosalba escucha silenciosa, suspira, luego vuelve a leer su carta.

—Oh, cómo seducen las bellas frases! Las he encontrado muchísimas.

PEDRO

—Quieren contarme quién es ese cursi?

MARÍA

Doblando la carta.

—Dan gana de releerlas unas cuantas veces....

ROSALBA

—Así lo hago con frecuencia.

MARÍA

—Tienes razón.

PEDRO

Se levanta.

—Como a mí no me gusta la lectura voy a dar una vuelta por el jardín, hasta que se me disipe el sueño.

Vase.

MARÍA

—De nada se da cuenta.... Es un alma de Dios.

ROSALBA

—Y así se diera; me importa poco.... Antes hacía mi vida el amor de Cyrano; hoy lo hará su recuerdo

MARÍA

—Y por qué el recuerdo?

ROSALBA

—Su amor se acabó.... Ha muerto hace tres días. Y detrás de él siento como, día y noche, me estoy yendo sin fin....

Rosalba solloza.

MARÍA

—Pero tal vez no hubiera regresado a tu lado....

ROSALBA

Coge la foto de Cyrano; lo mira.

—Era tan bueno; me adoraba tanto.... ¡A quién podré querer después de él!

MARÍA

—Y qué dice Pedro de tu pesar?

ROSALBA

—¡Qué va! ¡a decirlo! Y si me pregunta le diré que

sufro por él, por Cyrano, mi único amor; por Cyrano, que me enseñó el amor.... Oh, aquella noche.... en el jardín de tu casa.... junto a los rosales....

MARÍA

—Vas a hacer una locura, una crueldad; mejor es que no le digas nada a él.

ROSALBA

—No podría.... Me duele tanto el engañarlo

ESCENA VI

DICHOS Y JORGE

Jorge desde la puerta les hace una venia. Entra, les saluda y se sienta. Ellas lo reciben indiferentes.

JORGE

—Han pasado bien?

MARÍA

—Como nos ve. Y Ud?

JORGE

—Yo como siempre....

Sonríe picarescamente.

ROSALBA

—¡Qué vida!

JORGE

—Te admiras?

ROSALBA

—Después de todo eres libre....

JORGE

—Tanto como tú.

ROSALBA

—Como tú quieras....me es indiferente.

JORGE

—Parece que me entiendes mal, Rosalba....Yo no quiero decirte lo que tú piensas....A veces te encuentro desdefñosa.

ROSALBA

—No a veces, sino siempre. . . . No me has comprendido.

JORGE

—Y recuerdas la última vez?

ROSALBA

—No lo recuerdo.

JORGE

—Te encontré qué distinta.

ROSALBA

—Tal vez. . . . Tenía entonces mis esperanzas, mis sueños, mis alegrías, pero ahora todo ha muerto. . . . La vida nada me guarda. . . . Comprendes?

JORGE

—Demasiado. . . . Ya me has dicho otras veces algo igual.

ROSALBA

—Y has vuelto. . .

JORGE

—Es que no me has dicho que no regrese.

ROSALBA

—Pues ahora te lo digo.

JORGE

—¡Cómo, Rosalba! Qué te han dicho de mí?

ROSALBA

—Nada, porque nunca lo averiguo.

JORGE

—Entonces, por qué me echas así? Eres mala.

ROSALBA

—Qué termine todo!... Callemos.

Rosalba, indiferente, contempla el retrato que tiene en la mano, junto con un atado de cartas.

JORGE

—Qué le parece a Ud. todo esto, Dña. María?

MARÍA

—Muy poco me gusta juzgar historias ajenas.

JORGE

—¡Si supiera cuánto la amo! Por qué me olvidará....?

MARÍA

—Así es la vida....

JORGE

—Pero esto es cruel.

Pausa.

MARÍA

—Estas mal, Rosalba; tienes mucha palidez.

POSALBA

—No es para menos.... ¡Qué crueldad de vida! Yo no sé como voy a pasar en este calabozo.... No. Me huiré lo más pronto....

MARÍA

—Qué dices....? Te vuelven ya tus ideas....? Sería

una locura, el renunciar a lo que aquí gozas....

ROSALBA

—Lo que gozo en una cárcel, custodiada como una criminal....No. Quiero ser yo misma: quiero mi libertad....

MARÍA

—Y qué harías con ella?

ROSALBA

—Me admira que me digas esto.... Es que tú no sabes!....

MARÍA

—Realmente nada sé....

ROSALBA

—Ni te conviene saberlo sino que soy un pájaro enjaulado y que ahora, que se me murió mi primera ilusión....y mi última esperanza, siento más honda la crueldad de la vida....

Solloza:

MARÍA

—Son cosas de los nervios. . . . Voy a traerte un remedio.

Vase.

Rosalba solloza: Jorge se acerca tímido, cariñoso, le quiere acariciar la melena. Ella se esquiva desdenosa.

ROSALBA

—Quieres dejarme en paz?

JORGE

— Pero, Rosalba, mira. . . . te he querido tanto. . . .

ROSALBA

— Calla. . . . No me digas nada.

JORGE

— Ah, te has olvidado de mi amor. . . . Y es apenas un año. . . . aquí en este mismo sitio. . . . Tú te quejabas de Pedro, de su incomprensión. Llorabas. . . . Yo te acariciaba las manos. . . . luego te confesé mi amor. . . . y tú me miraste en lo profundo de los ojos. . . . después nos besamos largamente. . . .

ROSALBA

—Y tú, qué has hecho por conquistarte mi amor....?
Nada, nada....No me has comprendido....

JORGE

—Perdóname.

ROSALBA

—Calla....Ya basta de engaños....Vete a buscar
un amor en la vida. No lo tienes....Yo iré por mi
camino, sola, siempre con mi recuerdo....

MARÍA

Vuelve con un remedio.

—Toma, hija; esto te pondrá buena.

ROSALBA

—No creas, mamá, que todo se cura con drogas.

MARÍA

—Ya lo verás.

ROSALBA

—¡Imposible! Es un recuerdo que me obsede....

MARÍA

—Al menos lo sufrirás con resignación.

ROSALBA

—Para ello se necesita ser una santa y mal lo puedo ser yo, que en nada creo ni en nada espero....

MARÍA

—Qué dices?

ROSALBA

—Lo que oyes. Muchos han encontrado la santidad en el camino del dolor; yo en él sólo he palpado el abandono de todos que rebela....

MARÍA

—Impresiones del momento.... Ya pensarás de otro modo....

ROSALBA

—Si él regresa sí....

JORGE

Pesando que se habla de él.

—Regresaré si tú lo quieres....

Ninguna de las dos dan
oídos a sus palabras que parecen de un loco. Si-
guen hablando entre ellas.

ROSALBA

—Nó. Lo que murió no vuelve más....

MARÍA

—Resígnate.... Espera en el tiempo.

ROSALBA

—¡Resignarse! Dame el remedio.

JORGE

Se acerca donde Rosalba.

—¡Querermel! ¡querermel! Rosalba.

ROSALBA

—No se habla de tí. Quieres callarte?

Jorge, sorprendido, le queda mirando largo rato.

ESCENA VII

DICHOS Y PEDRO

Cuando entra Pedro se hallan en silencio.

PEDRO

—Por qué tanta murria? Hasta tú, Jorge, te has dejado contagiar por el esplín del domingo. Quieres jugar una partida de tresillo?

JORGE

—No puedo.

PEDRO

—Vaya! Aquí nadie puede nada. Pero, qué te ha

pasado? Cuéntámelo... alguna te ha puesto así....

JORGE

—En verdad....

PEDRO

—Y cuál es esa ingrata? Dime el nombre. Puede que la conozca....

JORGE

—Sí.... puede ... por eso callo....

PEDRO

—Pero, si no quieres hablar a qué has venido? Cuando se está así se queda llorando en casa....

JORGE

—Es que cuando salí de casa nada sabía.

PEDRO

—Entonces, cuándo lo supiste?

JORGE

—Después....mucho después....

PEDRO

—Tal vez te lo contaron aquí?

ROSALBA

—Si. Aquí se lo dijo....Había que acabar con un engaño....

PEDRO

—¡Qué habladoras son Uds. las mujeres!

JORGE

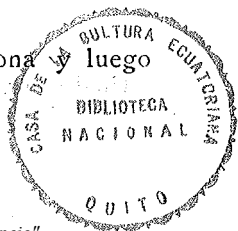
—¡Qué crueles, Pedro! ¡No nos comprenden....!

PEDRO

—Hay que amar menos, Jorge.

JORGE

—Es que no se puede....Uno se apasiona
no se es responsable....



PEDRO

—¡Cuidado!....No vayas a estar pensando quien sabe en qué....

JORGE

—Pedro, tú eres feliz....

PEDRO

—Es que yo no me ando con romanticismos. Esto es ser hombre: amar poco y olvidar pronto. Qué les parece mis filosofías....?

ROSALBA

—Ya las conocía.

PEDRO

—Cómo? En dónde?

ROSALBA

—En la vida....No dejan de guardar su verdad.

JORGE

—Cuál es esa verdad?

ROSALBA

—Ya lo sabrás. . . .

PEDRO

—Ya lo sabremos otro día. Para ella todo es otro día.

ROSALBA

—No. Tal vez hoy mismo lo sabrán. . . .

Rosalba, al pronunciar estas palabras, se pone nerviosa y deja caer de la falda el cofre, del cual se esparcen al suelo algunas cartas y el retrato de Cyrano. Ella los recoge apresurada.

PEDRO

Desde su asiento.

—De quién es ese retrato?

MARÍA

—Es de un amigo.

PEDRO

Desconfiado y terco.

—¡Amigo! Ud, señora, es la primera en ayudar a su hija en no sé qué historietas.

MARÍA

—Qué me ha creído, Ud, que me viene con estas acusaciones....?

PEDRO

—Qué me ha creído! Un retrato de un amigo no se esconde.... Si hoy no me lo muestran no sé lo que haré....

ROSALBA

—Pues, no te lo doy....

MARÍA

Nerviosa.

—Es capaz de celarte con un muerto.

PEDRO

—No quiero oír absurdos; me dan ese retrato o no sé lo que hago.

MARÍA

—Qué puede hacer?

PEDRO

—Lo que hace un marido engañado....

ROSALBA

—Qué? echarme de casa....? divorsiarte....?

PEDRO

—Ya lo verás....

JORGE

—No digas aquello, Pedro; hay que ser más razonable.

MARÍA

—Y más caballero.

PEDRO

—Nada de esto lo soy.

Se pasea turbado.

ROSALBA

—Así lo he comprendido.... por lo que hoy día me marchó de tu casa y termino con todo.

PEDRO

Sorprendido.

—Qué dices....? Te marchas?....

ROSALBA

—¡Es lo mejor... ! Quedaremos tranquilos.

MARÍA

—Pedro, Ud., tiene la culpa.

JORGE

—Sí.... Una injuria.

MARÍA

—Y tan sin fundamento.

PEDRO

Arrepentido, triste. Se sienta.

—Ella es buena, pero muy caprichosa....

ROSALBA

—Tengo mis motivos.

PEDRO

—Bueno.... No te pediré la foto.

ROSALBA

—Esto se va conmigo....

PEDRO

—Te vas en verdad?

ROSALBA

—Lo crees un imposible? Pues lo vas a ver.

Se pone en pie. Toca el timbre. Luego descuelga el lienzo y cierra el cofre.

PEDRO

Se acerca a Rosalba.

—Pero mira, ya no dudaré más de tí.... Te amo.

ROSALBA

—Todo es tarde....

ESCENA VIII

DICHOS Y NIEVES

NIEVES

—Llamaba la señorita?

ROSALBA

—Nieves, pide un automóvil por teléfono y luego arregla mi maleta con algunas ropas. En el fondo pon este lienzo y este cofre. Todo de prisa.

NIEVES

—Está bien, señorita.

ROSALBA

Vuelve a tomar asiento
nerviosa.

—Es lo que más quiero en esta vida. Lo único que
tuve en esta casa....

PEDRO

—No digas eso; todo es tuyo.

JORGE

—¡Qué vas a hacer, Rosalba! Serénate.

ROSALBA

—Los que deben serenarse son Uds.

Los dos se miran.

PEDRO

—¡Qué vida!

ROSALBA

—Mamá, si tú quieres esta noche pasaré en tu casa. . . . mañana seguiré otro rumbo.

MARÍA

—No sólo esta noche, sino cuantas quieras . . .

ROSALBA

—No podría. . . . Sería turbar tu felicidad.

MARÍA

—Han variado las circunstancias....y, sobre, todo soy tu madre y no consentiré que vivas sola y lejos de mí.

ROSALBA

—Sin embargo, así lo he vivido....y mucho tiempo....y no te has dolido de mi suerte....¡Esto es cruel!

NIEVES

—Está ya aquí el automóvil.

Todos se ponen en pie nerviosos.

ROSALBA

—Lleva la maleta y colócala adentro.

PEDRO

—No se van; no permito.

JORGE

—Va a ser escandaloso.

ROSALBA

—Y qué quieren de mí?

PEDRO

Las detiene suplicante.

—¡Que te quedes, por Dios! Te amo.

ROSALBA

—No puedo; me voy....

MARÍA

—No exija imposibles.... Una vez que no quiere permacer a su lado, cómo va a detenerla?

PEDRO

—La amo....¡No quiero que se vaya!

ROSALBA

—Ya no deseo cariños.... Me voy.

MARÍA

—Si. Yo la llevo antes que la eche de su casa.

PEDRO

—No la echaré....Lo juro.

ROSALBA

—Estoy cansada de juramentos....Y, luego, sé razonable alguna vez: estoy cansada, fastidiada... Debemos separarnos....Y esto debíamos haber hecho al siguiente día de nuestro matrimonio....

PEDRO

—¡Rosalba, Rosalba, no me dejes....! ¡Qué va a ser de mi vida sin tí, sin tu amor....!

ROSALBA

—Sin mi amor no digas....Nunca lo has tenido. Búscala ahora uno....Todos tenemos *derecho a él*.

PEDRO

—Eres tú, Rosalba....

Pedro la abraza sollozante; trata de detenerla. Ella se escapa de sus brazos y se adelanta.

ROSALBA

—Vámonos.

JORGE

La aprisiona de la mano.

—Qué vas a hacer? Serénate.

PEDRO

—Eres cruel.

ROSALBA

Se sacude de las manos de Jorge y sale con su madre.

—¡Adios! Me voy porque estoy cansada del amor.... y porque no les quiero mantener más tiempo en el engaño No puedo amar. ¡Adiós!

Pedro y Jorge quedan estáticos, mirándose rencorosamente.

Telón

Fin del

II

acto.

ACTO TERCERO

Casa de campo. Estancia humilde. Moblaje pobre. Algunos jarrones desconchados repletos de flores. En las paredes, cuadros; entre estos se halla el óleo de Cyrano. Noche de luna. La luna se entra por los ventanales que quedan a la derecha. Una puerta a la izquierda.

ESCENA I

CLAUDIO Y ESTELA

ESTELA

—Estas qué adorable.

CLAUDIO

Sonríe vagamente.

—No sé lo que tengo. . . . Estoy nervioso.

ESTELA

—Es el amor; antes no eras así. Te acuerdas?

CLAUDIO

—Cómo antes? Nos hemos conocido en esta casa.

ESTELA

—No. Yo te he conocido hace mucho tiempo....

CLAUDIO

—En dónde?

ESTELA

—Sería largo el contártelo.....pero siempre me has sido muy simpático.....

CLAUDIO

—Eres qué galante.

ESTELA

—Y qué explicación tiene esto de la simpatía?

Pausa

—Pero habla.....Qué te sucede?...

CLAUDIO

Ensimismado.

—¡Si supieras....!Tengo una preocupación enorme.

ESTELA

—Por qué no contestas a mi pregunta?

CLAUDIO

—No la he escuchado.

ESTELA

—Vaya! Los poetas son muy raros....Pero a Rosalba si la escuchas todo.

CLAUDIO

Sonreído

—No llega Rosalba.

ESTELA

—No tarda en venir....Debe de estar paseándose por el campo....Su tardanza te tiene así.....

CLAUDIO

—En verdad; la quiero tanto.....

ESTELA

—Y sólo a ella la quieres?

CLAUDIO

—Si. Solo a ella.... Ella es todo mi vida....

ESTELA

—Eres muy romántico.

CLAUDIO

Paseándose.

—No viene Rosalba.

ESTELA

—No tarda en venir.

CLAUDIO

—A qué hora salió a pasear?

ESTELA

—Hace un momento. Debe de estar de regreso.

CLAUDIO

—Y por qué no la acompañaste?

ESTELA

—Si supieras lo que gusto de estar en su cuarto; luego a ella le agrada pasear sola; así puede revivir mejor sus recuerdos....

CLAUDIO

—Qué es lo que recuerda? Te ha dicho?

ESTELA

—Te recuerda sólo a tí....¡No, nó! Miento. Le recuerda también a Cyrano....

CLAUDIO

—¡Pobre Rosalba!

ESTELA

—Y no tienes celos de él?

CLAUDIO

—Quizá no llamaría celos; es, mas bien, una tristeza de sentirme incapaz de romper como un cristal

todo su pasado entre mis dedos; su pasado que vive en ella ya sólo para marchitarla de llanto e impedir que yo sea el único que le haga vibrar....

ESTELA

—¡Qué raros son los poetas!

CLAUDIO

—No viene Rosalba. Mandale a ver.

ESTELA

—Espera. No tarda en venir. Pero, qué es lo que tienes? Nunca te he visto con apuro semejante.

CLAUDIO

Saca el reloj.

—El tiempo viene corto....Quisiera estar con ella siquiera unos minutos....

ESTELA

—Lo estarás siempre.

CLAUDIO

—Es que tú no sabes....¡Si pudiera!

ESTELA

—Qué....?

CLAUDIO

—¡Qué me voy, Estela; qué me voy!

ESTELA

Sorprendida...

—Qué! Te vas?

CLAUDIO

—Sí. Urge la marcha. ¡Y tal vez no vuelva, Dios mío!

ESTELA

—No volverás nunca... ?

Se oye ruido de pasos.

Se oye ruido de pasos.

CLAUDIO

—Calla. Viene Rosalba.... Te ruego no le digas nada.

ESCENA II

DICHOS Y ROSALBA

Rosalba se saluda con Claudio y juntos se sientan en un sofá. Estela se halla al frente.

CLAUDIO

—¡Te he esperado tanto, Rosalba....!

ROSALBA

—Pérdoname. Me he quedado absorta en el campo, oyendo a lo lejos una música llorosa.

CLAUDIO

—La música te habrá evocado tus días ídos....

ROSALBA

—No. He pensado en tí y me he puesto triste.

CLAUDIO

—Sí. No sé lo que tenga el amor para entristecer cuando se está lejos del ser amado.

ROSALBA

—Oyes, Estela....?

ESTELA

—Sí, lo oigo....Y no sólo cuando se está lejos....

ROSALBA

—Verdad, Claudio, que es como dice Estela?

CLAUDIO

—No sé....A tu lado cuando tú sonríes....yo sonrío.

ROSALBA

—Conmigo pasa lo mismo, y contigo, Estela?

ESTELA

—Conmigo no.

ROSALBA

—Y con quién has estado?

ESTELA

—Es mejor que no lo sepas....

ROSALBA

—Esta es la señorita de los secretos.

ESTELA

—Y no se cansan de amarse?

ROSALBA

—¡Qué preguntas!

CLAUDIO

—Nuestra historia me parece de ayer.

ROSALBA

—Yo digo lo mismo. . . . Me siento feliz.

CLAUDIO

—No eres feliz. El pasado ensombra tu vida. Necesitarías olvidarlo para ser dichosa. . . . Comprendo todo. ¡Pobres mis sueños!

ROSALBA

—Lo he olvidado. No pienses en nada. . . . Sólo sa-

be que me has dado la vida....

CLAUDIO

—Eres demasiado buena... pero, acaso, he hecho
tu desgracia....

ROSALBA

—Imposible.

CLAUDIO

—A veces descubro unas miradas tristes en tus ojos.... En qué piensas en esos momentos....?

ESTELA

—En esos momentos debe de pensar en Cyrano....

ROSALBA

—No; pienso en que me puedes olvidar, Claudio.

CLAUDIO

—Temores infundados.

ESTELA

—O demasiadamente fundados....

CLAUDIO

—Calla, Estela.

ROSALBA

—Ah, no sabes cuánto temo el olvido.... Me persigue la mala suerte. Sí ¡me olvidarás! me olvidarás!

Rosalba solloza.

CLAUDIO

—No te olvidaré; no llores, Rosalba. No me gusta verte así. Pienso que mi amor te ha vuelto triste.... o pienso que lloras por algo irremediable.

ROSALBA

Se enjuga las lágrimas.

—No, no. Ya no lloro. Tu amor me alegra. Se diría que soy un jardín que florece a la tarde. Sólo a veces pienso.... Quieres que cante?

CLAUDIO

—Canta.

Estela le da la guitarra.



ESTELA

—Quieres cantar para mí....? Sé alguna vez buena conmigo.... Canta una canción que diga de ausencia, de olvido.... Quiero llorar....

ROSALBA

—Quieres, Claudio, que cante lo que dice Estela?

CLAUDIO

—Canta.

ROSALBA

—Pero a qué estos cantos, Estela?

ESTELA

—Ya lo sabrás, Rosalba.... canta.

Rosalba canta. Claudio la mira triste. Estela solloza.

ROSALBA

—Lloras, Estela?

ESTELA

—¡Ah, es que tú no sabes....!

ROSALBA

—Pero cuéntame por qué sufres?

ESTELA

—Ya te lo diré....

CLAUDIO

—Tienes una voz tan dulce, tan triste que en verdad dan ganas de llorar. ¡Ah, la belleza de lo triste!

ROSALBA

—Entonces ya no cantaré más; para qué entristecerme?

ESTELA

—Sí. Ya no cantarás más....

CLAUDIO

—No. Cantará.

ROSALBA

—Te agrada?

CLAUDIO

— Me encanta.

ESTELA

— ¡Por qué no habré aprendido a cantar....!

ROSALBA

— Aún es hora.... apréndelo.

ESTELA

— No. Ya todo es inútil. Para quién cantaría?

Pausa.

— Te agrada mucho el canto, Claudio. Verdad....?

CLAUDIO

— Sí.... Los de Rosalba. Eres que adorable.... ¡Si te hubiera conocido antes....!

ROSALBA

— Sería todo qué distinto....!

Suspira.

ESTELA

—Sí. Ya no habría la sombra de Cyrano. Pero aún es tiempo para la felicidad, Claudio.

CLAUDIO

—¡Ah! Si pudiera.... cómo nos iríamos juntos, hasta cuando tú te canses, Rosalba....

ROSALBA

—No. Ya todo es tarde....

ESTELA

—Así lo dirás mañana....

ROSALBA

—Sí. Ya todo es tarde....

Si nos hubiéramos conocido antes.... qué dicha hubiera sido ofrecerte mi juventud.... atarte para siempre en mis brazos. Pero ahora estoy marchita.... Te cansarás, te alejarás mañana....

CLAUDIO

—No hables así, Rosalba. . . . ¡Cuántas veces tú misma has advertido mi felicidad; es que en tí he realizado mis sueños de amor y belleza. . . .

Silencian. Rosalba tiene los ojos húmedos de lágrimas. Estela está triste. Claudio le acaricia las manos a Rosalba.

ESCENA III

DICHOS Y MARÍA

MARÍA

Entra despaciosa.

—¡Qué silencio! Pensé que no iba a encontrar aquí a nadie.

Claudio se levanta, le estrecha la mano y le indica un asiento. Ellas la saludan también.

CLAUDIO

—Siéntese, Dña. María.

MARÍA

—Pero qué tristes están!. Se me figura que velan a alguien que se muere.

ESTELA

—Así estamos, mamá; es que algo en verdad se está muriendo entre nosotros....

ROSALBA

—Cuál es ese algo, Estela?

ESTELA

—Ya lo sabrás....

ROSALBA

—Estás loca, chica o que te pasa?

CLAUDIO

—Es la señorita de los secretos....

ESTELA

—Y de secretos tristes....

MARÍA

—Basta de penas; hay que reír.

ROSALBA

—A veces se sufre hasta en la misma felicidad por temor de perderla.... Verdad, Claudio?

CLAUDIO

—No me gustan tus temores.... Las noches de luna sueles ponerte triste.

MARÍA

—¡Ah, la luna....! Algo debe de evocar Rosalba las noches de luna....

Rosalba tose una, dos, tres veces y le mira insistente a su madre....

ROSALBA

—¡Cuántas noches de amor y de luna hemos vivido, Claudio!

CLAUDIO

—¡Noches inolvidables!... pero cuántas otras mejores vivirías....

MARÍA

—Suspiras mucho, Estela; qué te sucede?

ESTELA

—Ya lo sabrán....

ROSALBA

—La luna nos pone tristes a todos.

CLAUDIO

En voz baja.

—Sí, tristes.... Yo pienso en tu vida, en mi vida; pero te amo, cómo nunca, Rosalba!

Rosalba tose. Está pálida.

MARÍA

Levantándose.

—Voy a cerrar la ventana. El frío te hace daño.

ESTELA

—Me perdonan. Regreso.

Vase lentamente.

MARÍA

—Qué es lo que tiene Estela? La encuentro bastante cambiada...

ROSALBA

—Yo no sé, mamá. Hace un momento nos habló, vagamente de no sé que amores....

MARÍA

—Pero qué amores....? Yo no sé de ninguno ni ella revela tenerlos....sólo que aquí....alguien....

ROSALBA

—¡Imposible! Ya te lo hubiera contado.

MARÍA

—Pero me tienen intrigada sus palabras, sus suspiros, sus lágrimas....

CLAUDIO

—Son romanticismos de chiquilla. Pronto le pasarán....

Rosalba vuelve a toser.

MARÍA

Debes cuidarte, hija; la tos tienes mala; cuidado....

ROSALBA

—Cuidado de qué? La tisis? Poco se me da de todo ello.... Y luego ella me traerá la muerte a buena hora.... cuando caiga en mí el olvido que presiento....

CLAUDIO

—No te olvidaré jamás.

MARÍA

—Lo que te hace mal, sobre todo, son tus paseos nocturnos por el campo....

ROSALBA

—Es que es tan dulce ir al encuentro: ... Apena mu-

cho aquello de esperar en la ventana.

Le mira a Claudio. Sonríen.

CLAUDIO

—Eres tan buena.

ROSALBA

—Es que te amo tanto.

CLAUDIO

—Tanto como yo?

ROSALBA

—Así, así, Claudio.

Se estrechan las manos furtivamente. Pausa. Se oyen a lo lejos ladridos de perros a la luna, el murmurar cercano del río, el moverse nervioso de la fronda. Claudio se ha quedado pensativo.

ROSALBA

—Tu tristeza me inquieta. Debes de pensar en la novia lejana de tus versos y debes de pensar, también, como mi amor sólo te deja vacío en el corazón.

CLAUDIO

—No pienses en tu pasado....ni en el mío. Sólo así serémos felices....

ROSALBA

—Bueno. Pero jamás quiero verte triste.

CLAUDIO

— ¡Si supieras! La vida tiene crueldades insospechadas....Cuando más se sueña en la felicidad, más cercana está la desgracia. ¡Oh, qué horrible!

ROSALBA

—Pero cuéntame tus penas; yo te consolaré.

CLAUDIO

—Si pudiera....pero consuélame primero de la pena indecible de no poder hacer tu dicha que me obsede tanto....

ROSALBA

—Pero si ya la has hecho.

CLAUDIO

—No es verdad; tú no vives en mi amor ni en el mo-

mento, sino de lo ido, de lo irremediable....

ROSALBA

—Y tú te enojas de lo que aveces recuerdo?

CLAUDIO

—No; pero me entristece ver como mi amor no borra de tu corazón el pasado....

ROSALBA

—No es así. Mira. Si a veces pienso en Cyrano es porque tú tienes su misma alma... Tú eres la culpa.... Los artistas se parecen.... Pero tú eres el único que hace ahora mi vida.

MARÍA

—Me dan envidia las pláticas amorosas de Uds.; les he escuchado mientras hojeaba este album.

ROSALBA

—No te burles, mamá.

CLAUDIO

Saca el reloj. Se pone en pie.

—Una ocupación urgente me obliga a separarme temprano.

ROSALBA

Triste.

—Te vas....?

CLAUDIO

—Sí. Una feliz noche.

Le tiende la mano a Dña. María, luego le estrecha, cariñosamente, la de Rosalba. Toma el sombrero, el paletó, el bastón, y desde la puerta hace una venia y váse.

ROSALBA

—Te espero mañana.

Rosalba sale a la ventana hasta ver como se pierde en la oscuridad de la calleja.

MARÍA

—Entra, hija; te va a hacer mal el frío de la noche.



ROSALBA

—Ya voy, mamá.

Dña. María sigue hojeando el album.

MARÍA

—Rosalba, entra; la noche está fría.

Rosalba entorna la ventana suspirando y regresa a su asiento.

—Lo quieres mucho?

ROSALBA

—Sí. Te parece qué hago mal?

MARÍA

—Yo no sé.... Callemos más bien.... Piensa sólo lo que de esto dirá la sociedad....

ROSALBA

—¡Prejuicios! Y qué es lo que tú llamas sociedad....?

Sin duda a esas gentes que viven unas vidas más detestables y ruines que las que ellos juzgan....? Y crees que estas pueden dictar sentencias justas....? Y crees que de estas se puede hacer caso....? Y quiénes son los llamados a dictar contra ellas? Y luego, veamos la sociedad sólo sabe vituperar a los caídos, y qué es lo que hace de los que no caen? y qué es lo que hace para que no caigan....? ¡Nada! ¡nada!... De todo se ríe, a todos vitupera. ¡No! ¡Es hora de reírse de la sociedad, que no tiene criterio!

MARÍA

—Pero, entonces, guíate por la voz de tu conciencia, que, de seguro, te reprocha.

ROSALBA

—Mi conciencia aprueba todo lo que hago, pues que no hay maldad en ello.... Crees tú que es un pecado el amor....? A ello nos lleva la naturaleza, que es sabia, el instinto, que es superior a la inteligencia; y, luego, la vida sin amor es imposible. Sí. Todos tenemos *derecho a amar* y si no encontramos su dicha en un camino, es justo que lo busquemos por otros....

MARÍA

—Estas deben ser las lecciones que te ha dado Claudio.

ROSALBA

—Y que yo las he aprendido.

MARÍA

—Y cuando hay una valla de por medio, crees que es posible seguir amando?

ROSALBA

—Qué valla? Tú te refieres sin duda al matrimonio....? Son formulismos absurdos. Piensas tú que por un momento de ligereza, de equivocación, voy a soportar toda una vida de renunciamiento y soledad....? Y crees que él....ha hecho lo mismo....?

MARÍA

—Yo no sépero él es hombre.

ROSALBA

—Y con eso qué pruebas....? Por ventura a los hombres les está permitido lo que se niega a las mujeres? ¡Qué lógica! Todos somos iguales y las sanciones y leyes deben ser iguales para todos....

MARÍA

—¡Qué muchacha!

ROSALBA

—Esta es la verdad, mamá. Yo no voy a pasar llorando mi vida entera la desgracia de haberme casado mal, cuando hay alguien que me brinda felicidad y me hace olvidar los días negros, intolerables que viví con Pedro. No. ¡Le he de amar, le he de amar hasta mi muerte, aunque mi amor sea un crimen para muchos!

MARÍA

—Sí. Un crimen....

ROSALBA

—Y al que he llegado por tu culpa....

MARÍA

—Cómo?

ROSALBA

—Sí. Por tu culpa; porque tú jamás me hablaste de la maldad de los hombres, ni del amor, ni de la vida....y me dejaste que caiga vendada en el lazo del matrimonio....pero, a pesar de todo, ¡te quiero, te quiero, mamá....!

Se abrazan. Sollozan.

MARÍA

—Sí. Yo soy la culpable, pero olvídate de todo; ahora eres feliz; ya no turbaré más tu dicha....

ROSALBA

—Sí. Feliz, muy feliz. No lo niego, ¡Pero quién me dice que perdurará esta dicha! Quién me dice que mis brazos puedan siempre retenerlo! Y esta incertidumbre, y este presentir el olvido me torturan día y noche. ¡Ah, si supiera que este minuto se ha de prolongar hasta mi muerte....!

Silencian unos instantes. Rosalba se enjuga el llanto. María la mira entristecida.

MARÍA

—Parece que es ya tarde. Me voy.

ROSALBA

—Espera unos momentos.

MARÍA

—Y Estela?

ROSALBA

—Debe de estar con Nieves.

MARÍA

—Me temo de esta compañía....

ROSALBA

—Yo en esta noche temo todo.... mamá... ¡Quién sabe!

MARÍA

—Nerviosidades, hija.

ROSALBA

— Algo temo.... allá lejos grazna un buho ...

Se levanta nerviosa. Abre la ventana y se queda mirando la noche. Dña. María coge la guitarra y canturrea en voz baja. Rosalba cierra los cristales y vuelve a sentarse.

—No sé qué de trágico hay en la noche... La luna... el río... el mecerse nervioso de las frondas... los ladridos distantes....

MARÍA

—Quieres irte conmigo?

ROSALBA

—No puedo; soy una intrusa en tu casa.

MARÍA

—Qué caprichosa eres!

ROSALBA

—Adónde habrá ido Claudio....? Me olvidé de preguntarlo....

MARÍA

—No viene Estela.

ROSALBA

—Ya vendrá....¡Jesús! qué noche la que se viene sobre mí!

MARÍA

—Nunca lo pasas sola?

ROSALBA

—¡Nunca!

MARIA

—Y qué harás cuando te olvide?

ROSALBA

—Y qué harías tú en el mismo caso?

MARÍA

—No me hagas pensar en esas cosas, hija; me entristeces....

ROSALBA

—Y tú por qué quieres que piense en las mismas? Te gusta, entristecerme ¿verdad?.... ¡Qué buena eres, mamá....!

MARÍA

—Déjate de cosas. Canta más bien.

Le da la guitarra. Rosalba la toma y comienza a glosar.

ROSALBA

—Vamos a ver si puedo.

Sigue glosando.

—¡Qué noche! ¡qué noche la que voy a pasar!...
Ya la presiento.... Qué quieres que cante?

Comienza a cantar la misma canción de hace momentos y solloza.

MARÍA

—Estás qué sensible.

ROSALBA

—Algo de trágico presiento.... Quisiera llorar....
En dónde estará Claudio? Voy a mandar a que lo vean....

ESCENA IV

DICHOS Y ESTELA

Estela penetra despaciosamente en la estancia y se sorprende al no hallar a Claudio.

ESTELA

—Y Claudio?

ROSALBA

—Se fue hace un momento.

ESTELA

—Y qué te dijo al despedirse?

ROSALBA

—No me ha dicho nada.

En pie, los ojos húmedos de llanto, Estela les queda mirando fijamente, trágicamente.

MARÍA

—Por qué has llorado, Estela?

ESTELA

—Nada te dijo Claudio al despedirse?

ROSALBA

—Nada. . . .y a tí?

ESTELA

Se sienta en el sofá sollozando.

—¡Nada! ¡nada!

ROSALBA

Se va junto a Estela y le acaricia la cabeza, queriendo levantarla. Estela solloza escondiendo el rostro en una manteleta de seda.

—No; algo te ha dicho; cuéntamelo; te ruego.

ESTELA

—¡No! ¡no! Ya lo sabrás.

ROSALBA

—Cuéntamelo; me haces sufrir.

ESTELA

—No puedo.

ROSALBA

Le levanta la cabeza ner-

viosamente y la mira suplicante y desesperada.

—Cuéntame, por Dios!

ESTELA

—Me dijo que se iba; que no volverá jamás.

ROSALBA

Nerviosa, trémula.

—Verdad? Jamás? Jamás?

ESTELA

—Verdad.... ¡Jamás, Dios mío! Se me fue.... se nos fue.... Era tan bueno.... Lo quería tanto....

Rosalba, muda, con un rictus trágico, sostiene la cabeza de su hermana, mirándole fijamente a los ojos.

Telón lento

Fin

del

III

Acto.

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

Al borde de mí mismo—Poesías—1927.

Almas Solitarias—Novelina—1930.

PROXIMAMENTE:

Gajos de Crepúsculos—Poesías.

Tierra Nativa—Novela.

Imprimióse este libro en Cuenca
del Ande, el mes de Abril de 1930.

Tip. de la Universidad.